

LOS LOBOS DE LA LUNA

FRANK QUASAR

© Frank Quasar 2007
Todos los derechos reservados

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación del texto sin autorización expresa del titular de la propiedad intelectual.
La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito.

PUEDES IMPRIMIRLO SI PREFIERES LEER SOBRE PAPEL

Recomendamos seleccionar en la impresora la opción
IMPRIMIR 2 PÁGINAS POR HOJA
con el objeto de ahorrar papel y ver el texto en el mismo formato que la novela original.

ESCENA ELIMINADA

PRÓLOGO PREVIO AL PUBLICADO O
ALTERNATIVO

tres meses antes

Un estridente chirrido de neumáticos rompió el silencio de la noche, asustando a las alimañas que se afanaban en busca de alimento entre las montañas de desperdicios y porquería que rodeaban la estrecha y sinuosa carretera que recorría el viejo vertedero abandonado. Pocos segundos después, una furgoneta negra con cristales tintados surgió de la curva a toda velocidad, pasó a pocos centímetros de la alambrada metálica rota por varios sitios que bordeaba el asfalto y aceleró aun más aprovechando el breve tramo recto que subía la colina.

Las luces del vehículo estaban apagadas. El conductor, nervioso, casi histérico, maldijo por lo bajo al sufrir la sacudida de un bache que no pudo ver a causa de la espesa bruma que descendía del promontorio arrastrándose como un animal.

—¡Maldita niebla de mierda! —rezongó quitándose el sudor de la cara con gestos febriles.

La fantasmal luz plateada de la luna llena no proporcionaba iluminación suficiente para circular a semejante velocidad y menos con tanta niebla, pero no podía evitarlo. La prisa por deshacerse de las bolsas amarillas que iban en la parte de atrás de la furgoneta y la dosis de *polvo de plata* que se había metido antes de emprender el camino nublaban su buen juicio impulsándole a pisar el acelerador a fondo.

Con un rugido, el vehículo negro se dispuso a coronar la cuesta. El conductor, engañado por el cambio de rasante, no vio la curva hasta que era demasiado tarde. Pisó el freno, pero las ruedas patinaron sobre el húmedo asfalto haciéndole perder el control. La furgoneta culeó, su parte trasera golpeó contra la valla, rebotó y acabó por detenerse tras aplastar el parachoques delantero y uno de los faros contra un poste de luz al otro lado de la carretera.

El hombre al volante ni siquiera llevaba puesto el cinturón de seguridad, lo único que le salvó fue que el accidente tuviera lugar en subida. Gracias a ello, en el momento del choque frontal la furgoneta ya había perdido suficiente velocidad para que el airbag le protegiera de los peores efectos del impacto.

Durante unos segundos el silencio volvió a adueñarse del vertedero. Lentamente, los numerosos roedores que poblaban el insalubre lugar empezaron a acercarse al vehículo accidentado. Las puertas traseras se habían abierto a causa del primer choque y las bolsas de plástico amarillo estaban esparcidas por el suelo. De pronto se abrió la puerta del lado del conductor y las alimañas se apresuraron a volver a sus escondites.

—¡Mierda, joder, mecagoenlaputa...!

El hombre a duras penas podía contener su furia al ver el desastre. La sangre le manaba en abundancia de un profundo corte sobre la ceja y temblaba incontroladamente, con los ojos vidriosos y la mirada desenfocada. Rápida, frenéticamente, volvió a meter las bolsas en la parte trasera de la furgoneta, golpeando con histéricas patadas y puñetazos la abollada puerta hasta conseguir encajarla en su sitio y cerrarla. Dando traspiés, volvió tras el volante y accionó el contacto. El motor carraspeó, mas no se encendió.

—¡Arranca, puta de mierda! ¡Arranca! —gritó fuera de sí golpeando el salpicadero con la otra mano al tiempo que giraba la llave una y otra vez con fuerza suficiente como para romperla.

Por fin, el motor cobró vida y el hombre, tras maniobrar para colocar la maltrecha furgoneta de nuevo en la carretera, aceleró y se alejó de allí a toda velocidad... sin percatarse de que no había recogido todas las bolsas amarillas. Una de ellas había rodado por la cuesta lejos del lugar del accidente.

Cuando el ruido del vehículo se perdió en la noche, los roedores se acercaron a la bolsa. Estaba herméticamente cerrada y en su interior había algo que las hambrientas bestias intentaron morder a través del plástico amarillo, pero el material sintético era demasiado duro para sus pequeños dientes. De mala gana, las alimañas se alejaron. Llevaban suficiente tiempo viviendo en el vertedero para saber que aquel tipo de recipiente siempre acababa por romperse... y entonces sería el momento de devorar su delicioso contenido.